

PASCUA DE RESURRECCION.

La alegría del templo cristiano y de la naturaleza primaveral en estos días, ¡cuán poco parece armonizar con el estado de los ánimos en España! La inquietud, la esperanza, la ira, el abatimiento se disputan nuestro corazón hace ya tiempo, y en medio de estas ansias y sudores, cuando surge ante nuestra turbia mirada el vago y terrible presentimiento del fin de un mundo, de nuestro mundo, hieren súbitamente nuestros oídos, como los de Fausto ante el suicidio, las campanas de Pascua con su canto de alegría triunfante, conmemorando la resurrección del Hombre-Dios y haciéndonos levantar los ojos al cielo azul, á los árboles reverdecidos tiernamente y á los pájaros que vuelven.

Al chocar tanta alegría con tanta tristeza, nuestro corazón se exaspera y parece como que se prepara á una maldición impía.... pero no maldice, no; desmaya, y desmayando entiende que en aquella desarmonía hay precisamente el gran consuelo; siente que existe algo más fuerte que la angustia del momento, más fuerte que la guerra, más fuerte que el mal, más fuerte que la muerte; siente el contacto de las cosas eternas, pacíficas y alegres.

Y lo siente más hondo y penetrante que si armonizara desde luego con ellas. Cuando la expansión del hombre se une á la expansión de la naturaleza, el alma tiene menos conciencia de sí misma y de su fin que en circunstancias como las presentes en que el contraste le hiere aguzando su presentimiento.

Muchas veces se acusa á la naturaleza de cruel por su serenidad indiferente á los males de los hombres. ¡Qué ceguera! Esta indiferencia serena es ya como una promesa y hasta como un principio de redención de todos los males.

«No hay mal que cien años dure» dice la expresión vulgar, y en ella se encierra una grande y consoladora filosofía. Así como pasa el día, y la noche, y la tempestad, y el invierno, y vuelve el alba, y el sol, y la primavera, así pasan las tribulaciones, y los lamentos y todos los males bajo esta paz eterna que está perenne encima de ellos y nosotros. ¿Quién no recuerda, en momentos de dolor muy vivo, haber considerado su pena insufrible y de imborrable huella, y, tras el tiempo, sorprenderse un día tranquilo y consolado, y más tarde alegre, olvidando los aniversarios de sus mayores sufrimientos, ó conmemorándolos en una apacible tristeza más dulce aun que la alegría?

La Semana Santa que acaba de transcurrir ¿qué otra cosa es si no la conmemoración del luto más grande que haya podido tener la humanidad? Y sin embargo ¡cuánta diferencia entre la convulsión que causara de presente la realidad del Gólgota, horrible de crueldad, de impiedad y de injusticia, con el suave recogimiento, la paz del alma y el silencio lleno de esperanza que hay en su conmemoración de todos los años!

¡Qué lección para nuestras inquietudes y tormentos! Jesús, después de haber predicado su Evangelio, podía volar al eterno reino del Padre, sin muerte, sin Pasión, sin sufrimiento, si otro hubiera sido el plan divino para redimir al linaje humano. Pero entonces nos hubiera parecido menos humanamente divino que resucitando del cruento sacrificio, de la tribulación, de la agonía y de la muerte. De este modo su Pasión y su Resurrección toman una fuerza simbólica de humanidad que en el momento presente los españoles nos hallamos en el caso de comprender y penetrar como nunca.

¿Quién sabe si esta Pasión nuestra es la condición providencial de nuestra Resurrección? Muchas faltas ha cometido España en los siglos, muchas cosas ha olvidado que no debía, y á muchas otras ha atendido contra la ley de su naturaleza nacional. En su Pasión de ahora hay mucho de expiación; pero también de esta expiación puede salir redimida. Acéptela, pues, tal como ella le venga dispuesta: en forma de paz humilde, si con medios de paz se le presenta; con todos los horrores de la guerra, si su honor de nación cristiana la empuja á caminos de heroísmo; pero en uno y otro caso, tras la mortificación de haber cedido, tras el quebranto de la derrota, tras la embriaguez de haber triunfado, recójase en sí misma, atienda á la voz del genio nacional que clama desde las profundidades de sus pueblos y á cuyos acentos le han privado de prestar oído mucho tiempo

ha la resonancia de los huecos discursos y el estruendo de las malas pasiones, y considere que á una nacion, cuando llega á estas crisis supremas, el recuerdo vivo é intenso de su pasado puede iluminarle el camino de salvacion para el porvenir.

Este es el sentimiento que deseáramos latiera en los pechos españoles y los hiciera vibrar al unísono con la alegría de la Pascua en la Iglesia y en la naturaleza: un sentimiento de consoladora esperanza, de la esperanza viril propia de los pueblos que sienten dentro de sí fuerzas para su regeneracion, aun previendo los mayores desastres.

Y este deseo nuestro es tanto mas intenso en cuanto hasta ahora no hemos visto los síntomas de su realizacion. Al contrario; desde el principio de la presente crisis solo hemos sabido ver: en unos, absoluto decaimiento como habiendo perdido toda fe en las energías positivas de nuestra España; en otros, culpable aturdimiento y necio ó interesado alarde de una heroicidad de talco y bullanga; en no pocos una preocupacion y una inquietud, mas culpables aun por lo egoistas, respecto sus intereses particulares; y en muchísimos mas una indiferencia y una despreocupacion que tienen muy poco que ver con la calma serena del hombre fuerte y consciente.

Si un milagro no ha tocado los corazones de todos ellos, en mala hora habrán sonado en sus oídos las campanas de Pascua; aquéllos las imprecarán por discordes con las angustias de su negro humor ó de su cobardía; éstos las tomarán por señal de un mayor olvido y un mayor hundirse en sus placeres y en su egoismo.

¿Habrà que decir entonces que todo se ha perdido y que ya no hay esperanza de salvacion para España? ¿El toque de *Allelluya* y los primeros efluvios primaverales habrán sido el sarcástico anuncio de nuestra irredencion? ¡Nunca! Hay algo superior á los aturdimientos, á las cobardías y á los egoismos de los hombres; hay algo mas fuerte que sus debilidades y locuras; en el fondo del alma de los pueblos hay algo que les salva aun á pesar suyo.

No en vano vuelve todos los años la Resurreccion tras la Pasión y Muerte, no en vano vuelve la primavera. Uno y otro regreso encierran un sentido inolvidable. Por eso nosotros, al oír el júbilo de las campanas, alzamos los ojos al cielo de abril, y aun previendo cuantos males pueden venir, esperamos, porque sabemos que toda Pasión tiene su Pascua.

J. MARAGALL.

CORRESPONDENCIAS PARTICULARES DEL DIARIO DE BARCELONA

(DE NUESTRO CORRESPONSAL ESPECIAL).

Madrid 7 de abril.

Ayer nos acostamos abrigando esperanzas, y hoy nos han despertado los periódicos lanzando alaridos de guerra. Por la tarde se dijo, donde puede saberse, que el armisticio era un hecho, y como todo en él estriba, la deduccion era favorable á la paz. Concedido el armisticio, quedaban alejados los peligros de guerra. Personas discretas, nada impresionables, que no acentúan opiniones sino con mucho fundamento, y, aun en este caso, en vez de exagerar la frase la limitan, dijeron que los horizontes se presentaban muy despejados. Se aseguraba que M. Mac-Kinley habia enviado el Mensaje á las Cámaras, y Sagasta afirmaba que estaba concebido en términos relativamente satisfactorios si se tenia en cuenta la gravedad que, segun los telegramas de Nueva York y Washington, publicados por *El Imparcial*, *El Liberal* y *El Heraldo*, debia revestir la comunicacion del presidente. Los síntomas eran favorables, y el desencanto ha sido grande cuando esta mañana, al abrir los periódicos para buscar en ellos su confirmacion, nos hemos encontrado con que dan por rotas las negociaciones diplomáticas y poco menos que como un hecho la declaracion de guerra.

Por si algo faltaba para aumentar el barullo, ha salido el periódico republicano revolucionario, cuyos vendedores ensordecen recorriendo las calles de Madrid gritando:—¡El País, que viene bueno! ¡El País, que viene grave!—En letras capitales, que llenan todo lo ancho de la primera página, van estos epígrafes: